DOÑA JOSEFA RAMIREZ.

ROMANCE, EN QUE SE REFIERE EL CAUTIVERIO DE esta Dama, y los varios sucesos que pasó hasta el fin de su vida.

SEGUNDA PARTE.

Ya dixe, como salió
amparada del silencio
de Cartagena una noche
llena de mil pensamientos
Doña Josefa Ramirez,
y marchando para el Reyno
de Cataluña, una tarde
al encuentro le salieron
siete Vandidos, mas ella
los reconoció al momento.
Del caballo se desmonta,
de aquesta suerte diciendo:
apartarse del camino,
presto quitarse de enmedio,
ó le quitaré la vida
al que fuere desatento.
Esto dixo, y disparó
con tan bellisimo acierto
el trabuco, que se lleva
de un tiro los tres primeros,
que los cogió perfilados.
Y los otros que esto vieron,
se pusieron en campaña;
mas la Dama con esfuerzo
sin punto de cobardia
hizose fuerte con ellos:
de los siete mató cinco,
y los otros dos huyeron
ya con heridas de muerte;
mas no les valió por eso
que ella arrogante les sigue,
y de merced le pidieron
les otorgase las vidas.
Metió la mano en su pecho,
dice: para estar segura,
quitar estorbos de enmedio;
y al soplo de una pistola
á ambos los dexó muertos;
y montando en un caballo
(como quien nada havia hecho)
llegó en fin á Barcelona,
á donde supo de cierto,
que ya la andaban buscando
su Padre con grande anhelo.
Y al instante determina
vender su caballo luego,
y embarcarse para Roma,
sin reparar en los riesgos
que puedan sobrevenirle,
como adelante veremos.
Al fin se embarcó en las ondas
del salado mar soberbio.
Mas fue su suerte tan mala
que á los dos dias se vieron
de Corsarios Argelinos
infelices prisioneros.
Desembarcanlos en tierra,
y á pregones los vendieron.
y compró á Doña Josefa
en un moderado precio
un Renegado muy rico,
hombre de grande respeto.
Preguntóle á su cautivo
por su nombre, y al momento
respondió: Pedro me llamo,
Señor, al servicio vuestro.

En qué oficio te ocupabas?
El oficio que yo tengo
es, Señor, Maestro de armas.
En buen oficio por cierto
te exercitabas, Cristiano;
mas datos otro pretendo.
Vos no sabeis escribir?
Algo entiendo tambien de eso,
no con toda perfeccion,
porque usado no lo tengo.
Viendo su disposicion,
le entregó todo el manejo
de su casa, y al instante
mandó su amo á los Negros
que tenia, le enseñasen
la arábiga lengua, y ellos
lo pusieron por la obra,
y la aprendió en breve tiempo.
Tan buenas cuentas le daba
á su amo, y tan contento
lo tenia, que no sabe
que hacerse con su Escudero.
En este tiempo la mora,
muger de su amo mesmo,
á Don Pedro regalaba,
y hacia algunos cortejos.
Y un dia que fue su amo
á caza con los Monteros,
le llamó y le dixo á solas:
Cristiano, yo por ti muero,
yo no duermo ni descanso;
en mi no cabe sosiego;
y si merezco la dicha,
de que premies mis afectos,
te prometo que serás
el dueño de aqueste pueblo.
Por no descubrir su falta,
con muy buenos documentos
Don Pedro la disuadia,
de aquesta suerte diciendo:
mirad que soy vuestro esclavo,
y que si no tengo hierros,
esa es merced que me hizo
mi amo, por ser tan bueno;
y pues de mi se ha fiado,
hacerle ofensa no quiero;
y asi, Señora, dexadme,
y no toqueis mas en esto.
Viendo la Mora el desaire
que el Cristiano le habia hecho,
jura por el gran Mahoma,
que ha de vengar su desprecio.
Apenas entró su esposo,
le salió al recibimiento
aquella falsa enemiga,
le hecho los brazos al cuello,
y con un llanto fingido
le dixo: poned remedio
en vuestra casa, Señor,
porque el Mayordomo vuestro
quiso atrevido ofenderte,
muy lascivo y deshonesto
á mi aposento se arroja,
traxo en la mano este acero
de un puñal, con amenazas
queria lograr su intento;
mas yo como una leona
me levanté de mi lecho
se lo quité de la mano,
el qual veislo aqui le tengo.
Salió afuera el Renegado
enfurecido y soberbio,
y á sus criados les manda
de que pongan á Don Pedro
en una obscura mazmorra,
y lo cargasen de hierro,
y que no le diesen agua,
tampoco el mantenimiento,
para que alli se muriese,
pagando su atrevimiento.
Un Moro piadoso havia,
compadecido de verlo,
que á escondidas de su amo
le llevaba el alimento,
y

y tambien le daba el agua
con cariñosos afectos,
que entre los infieles hay
tambien nobles pensamientos.
Y al cavo de cinco dias,
por ver si se havia muerto,
dió la vuelta el Renegado,
y viendo vivo á Don Pedro,
con furia toma un cordél,
para azotarle sobervio,
y al tiempo de descargarle,
le dixo: Señor, teneos,
y advertid que es testimonio,
por lo que estoy padeciendo.
Yo soy muger, no soy hombre,
y para prueba de aquesto
un pecho le manifiesta;
y el dice: basta con eso.
De la prision la sacó,
dandole abrazos muy tiernos,
le dice: Cristiana amiga,
dadme parte del suceso.
Yo, Señor, os lo diré,
sin faltar un punto de ello.
Apenas fuisteis al campo,
mi ama declaró su intento;
yo Señor, la disuadia,
dandola buenos consejos,
mas no pude convencerla;
viendo no habia remedio,
le volví Señor, la espalda,
y me vine á mi aposento,
y por aquesta ocasion
hizo, Señor, juramento
de tomar de mi venganza,
como vos lo estais ya viendo.
Mandó al punto el Renegado,
que la prendan, y al momento,
executen el mandato
de su amo, y la metieron
en una obscura mazmorra,
mientras se prendia el fuego.
Llena una tina de aceyte,
mandó que pusiesen fuego,
y asi al instante que hirvió,
á Abeceli la trageron,
y amarrada á una columna,
se lo hechaban por el cuerpo.
Mandó apartasen la tina,
y que la arrojen al fuego,
donde pereció la Mora,
pagando su atrevimiento.
Y al cavo de pocos dias,
con felices pensamientos
ha llamado el Renegado
á quel hermoso portento
de Doña Josefa, y ella
acudió luego al momento.
Vos, Señor, qué me mandais?
Venios á mi aposento,
y á solas os lo diré,
que es de importancia el secreto.
Ya sabeis, Doña Josefa,
la voluntad que yo os tengo,
y solo de vos me fio
para descubrir mi pecho.
Pretendo pasar á Roma
á ser de mi culpa absuelto,
y despues el recogerme
en un sagrado Convento.
Tú te pasarás á España,
que ya prevenidos tengo
dos mil doblones, los quales
entre los dos partiremos;
mira que te vas mañana
pues se halla en este pueblo,
un tratante Mercader,
á quien pagado le tengo
tu viage, y con el vas
segura de muchos riesgos,
él va á parar á Alicante,
de España famoso puerto.
Le entregó los mil doblones,
atados en un lenzuelo;

se fue á recoger su ropa
y joyas de mucho precio;
mandó el amo la llevasen
al navio, asi lo hicieron.
Embarcose el Renegado,
á Alicante se vinieron:
tiernamente se despiden,
y él con sus grandes deseos
para Roma se embarcó,
siendole feliz el viento,
en breve tiempo llegó
á Roma, y con gran contento
pasó á ver su Santidad,
parte le dió del suceso,
y confesando sus culpas
con grande arrepentimiento,
en un Convento se acoge,
donde llorando sus yerros,
hizo grandes penitencias
para merecer el cielo.
Pero volvamos ahora
á la Dama, que al momento
en Alicante compró
un caballo que á los vientos
imitaba en su carrera,
por lo veloz y ligero.
Pasó á Valencia, y en ella
entró con mucho secreto:
se ha informado de sus padres
y supo que estaban buenos;
y una noche determina
el ir disfrazada á verlos,
y á eso de las oraciones
ensilló el caballo, y luego
montó en él y fue á su casa;
á abrirle salió un buen viejo,
y ella cortés le pregunta,
destocándose el sombrero:
vive aqui el Señor Don Juan
Ramirez y Marmolejo?
Si Señor, le respondió;
y entonces entró alla dentro.
Se sentaron lado á lado,
y dixo: sabed por cierto,
que vuestra hija, señor,
hoy se halla en este pueblo:
tres años y medio ha estado
metida en un cautiverio,
sirviendo, no como esclava,
porque era absoluto dueño
de la casa de su amo,
y al cabo de aqueste tiempo
le ha dado la libertad
y gran porcion de dinero.
Don Juan que atento escuchaba
las razones del mancebo,
al oirle se enternece,
y lloraba sin consuelo.
Ay hija de mis entrañas!
ó si permitirá el cielo,
que yo la viese en mi casa!
mis congoxas fueran menos;
la madre por otro lado
haciase al sentimiento.
Del asiento se levanta,
y arrodillada en el suelo,
dixo: cese vuestro llanto,
que á vuestra hija estais viendo,
y ahora, padre y Señor,
perdonad mi grave yerro,
y lo que pretendo es
meterme en un Monasterio.
Lo pusieron por la obra,
y se ha entrado en un Convento
de Religiosas Franciscas,
donde vivió dando exemplo.

Con licencia: En Córdoba en la Imprenta de Don Juan García Rodriguez de la Torre, Calle de la Librería.